

César E. Arroyo o la sensibilidad humana literaria

Renán Flores Jaramillo

Lo literario y lo humano.

Al disponerme a evocar la obra de César E. Arroyo en el centenario de su nacimiento en Quito, ciudad a la que tanto amó, considero indispensable detenerme un instante, antes de partir, en el propio título que doy a estas notas: «César E. Arroyo o la sensibilidad humana-literaria», debido a que en esta calificación final, «humana-literaria», estoy sintetizando ya un juicio de valor que me parece urgente poner en circulación a la hora de hablar de este enorme escritor, a quien, tradicionalmente, se le clasifica abundantemente entre los grandes estilistas, entre los más cuidadosos de la belleza literaria *per se* en nuestra literatura, pero a quien no se le clasifica suficientemente entre las grandes sensibilidades *humanas y ante lo humano* nacidas en Ecuador.

La sensibilidad literaria, el culto a la belleza de la letra, a la elegancia del estilo, a la poesía de la composición y de las imágenes, no son nada desdeñables, sino al contrario, pertenecen a la primera fila de los

deberes u obligaciones del escritor. «Decir las cosas bien», afirmaba Rodó, es lo primero. Pero no parecería completo, y menos en nuestro tiempo angustiado, el escritor que se contentase con pulir su prosa, con producir belleza por el sólo placer de la belleza misma.

El esteticismo gratuito acaba por no ser humano, y por eso está condenado a no perdurar. Permitir que la frase hecha, el tópico que inevitablemente se acuña sobre una personalidad literaria o política, frase y tópico que siempre son parciales hijos de la primera impresión o de la prisa en el enjuiciamiento, sigan pesando sobre la personalidad y la obra de César E. Arroyo, «el esteta», «el que escribía muy bien», «el más lírico de nuestros prosistas», es algo absolutamente injusto, porque mucho más allá de su evidente preocupación por la belleza de la frase y del párrafo, César E. Arroyo fue un hombre de grandes ideales patrios, políticos y humanos, y su quehacer literario, de tanta calidad es cierto, estuvo siempre al servicio de una actitud ética, de una preocupación

social, de unas ideas nobles, desinteresadas, y enormemente prácticas, realistas. Tenía una riquísima sensibilidad, una manera poderosa de reaccionar ante lo bello, fuese una catedral, una conducta humana, una mujer, un recuerdo de la patria, pero esa sensibilidad la aplicó siempre César E. Arroyo a servir y a vivir *lo humano*, no lo abstracto, no lo puramente teórico y formalista.

Sentir esto que dejó escrito fue lo que me llevó a dar en estas notas ese recalque de «humano-literario». Ya está bien de recordar a César E. Arroyo —cuando se le recuerda— simplemente como un gran prosista, un gran artista exquisito. Si no hubiese sido nada más que esto, su obra tendría una importancia mínima, y estaría condenada de antemano a durar lo que durase la moda que un momento dado conduce a clasificar algo de «exquisito» y de «perfecto». Inevitablemente, lo que un siglo o una época consideran exquisito y superior, pasa a ser considerado ridículo y hasta detestable en el siglo siguiente. Lo que se apoya más en la forma que en el fondo, perece en cuanto la forma se hace motivo de cansancio o señal de insignificancia. Los escritores que sólo se apoyan exteriormente en lo que se acostumbra a llamar *estilo*, dejan de interesar en cuanto su estilo, el que escogieron para manifestarse, pasa de moda.

Es por eso por lo que al escritor tenemos que buscarlo más allá del

estilo, deteniéndonos y adentrándonos en su fondo, en su contenido. Tengo la creencia de que, al menos a escala general o popular, a César E. Arroyo se le leyó, y se le sigue leyendo, con demasiada obediencia a lo bello de su forma. Es muy posible que, dado lo inusual que resulta entre nosotros esa preocupación constante por el adorno y por el «acabado» de la frase y del párrafo, la literatura de este hombre se haya quedado, a los ojos del público, dolorosamente, en nada más que literatura, exponiéndose así a los embates del cambio de gusto en el tiempo y en los lectores.

Contra esa posibilidad de que sea dañada por el cambio del gusto del público y por el imperativo de las nuevas modas una obra tan rica de humanidad y de fondo, siempre noble y elevado, es contra lo que debemos pronunciarnos los admiradores de la obra de César E. Arroyo. Si se le lee con una atención que sea capaz de ir más allá de la superficie atractiva de las palabras y de su encañamiento armonioso, se obtiene la maravillosa experiencia que es siempre *tocar un alma superior, convivir espiritualmente con un hombre extraordinario*.

Los coetáneos de Arroyo subrayan siempre su atención a los problemas más vivos y acuciantes de la hora que les tocó vivir. En el magnífico estudio que le dedicara el Dr. Rafael Alvarado en la sesión de la Sociedad Jurídico Literaria de Qui-

to» celebrada en octubre de 1961, cuidó excelentemente el orador de destacar en la vida de César E. Arroyo y sus facetas de *escritor* singular, de *hombre* excepcional y de *ciudadano* íntegro, con actividad de tal naturaleza en los tres campos, que es posible y hasta fácil hablar de una cualquiera de esas facetas, excluyendo las otras, sin que deje de ocupar César E. Arroyo un sitio preminente entre los grandes valores de lo latino-americano en nuestro siglo.

Luego de dejar vivamente recomendada la lectura de ese texto de Rafael Alvarado, porque es una semblanza muy completa de nuestro autor, quiero citar un texto de Jorge Carrera Andrade —con su nombre está dicho todo— sobre César E. Arroyo. Aparece ese texto en el trabajo «Medio siglo de literatura ecuatoriana», y en la sección donde habla de quienes escribieron en el país «las crónicas de la nueva literatura», luego de mencionar a quienes considera «los mejores cronistas del Ecuador»: César E. Arroyo, Víctor H. Escala, Carlos Honorato Endara, Jorge E. Díaz y Raúl Andrade, pasa a decir Carrera Andrade:

Espíritu de cordialidad desbordante y de extrema sensibilidad lírica, Arroyo dejó páginas magistrales, en donde llega a su mayor altura el arte de escribir. La creación literaria era para él un acto de fervor, como se puede ver en sus libros *Retablo* y *Catedrales de Francia*, serie primorosa de estampas vivas

e iluminadas.

Arroyo poseía un estilo rico, animado y polifónico que insuflaba en todas las cosas un soplo de nobleza y romanticismo. Compuso verdaderos poemas en prosa sobre asuntos históricos y personajes de España y Francia. Murió en Cádiz en 1936 (sic). Fue uno de los escritores hispanoamericanos que se situó con más propiedad dentro de los problemas palpitantes de su Continente y desempeñó con dignidad el apostolado de las ideas nuevas.

Lo local y lo universal en Arroyo

La mayor parte de la vida relativamente corta de nuestro escritor estuvo repartida entre la literatura y el servicio a su país como Cónsul, que parece es el puesto más afín con la literatura entre los encargados por los ministerios de relaciones exteriores a los escritores del país respectivo. La nómina de grandes nombres literarios revestidos con la dignidad tan romana de Cónsul es enorme. Ahí está a la cabeza de todos, Gabriela Mistral, a quien su país tuvo la generosidad de nombrarla *at large*, con lo cual ella era Cónsul General de Chile donde viviese, donde quisiese vivir.

Y puestos a pensar en escritores que hicieron su obra o gran parte de ella en el servicio consular de sus países, o de países amigos, nos encontramos con nombres y situacio-

Gabriela Mistral, Palma Guillén y César E. Arroyo hacia 1928 en Aix en Provence

nes muy especiales: Manuel Ugarte —sobre quien escribiría Arroyo un ensayo biográfico— fue, antes que Embajador de Perón, Cónsul de Bolivia en Niza, ciudad donde un día fuera Cónsul de Argentina Enrique Gómez Carrillo; y Rufino Blanco Fombona, quien en tiempos de la república española fuera Gobernador de Navarra y de Extremadura, fue Cónsul de la República Dominicana en Boston; y Vargas Vila fue Cónsul de Cuba en Roma; y Darío Cónsul de Colombia en Buenos Aires; y Guillermo Valencia, Cónsul de México en Bogotá... Siempre los escritores yendo y viniendo, no se sabe si por concederles una distinción o un domicilio lejano. César E. Arroyo aparece ya como Cónsul ecuatoria-

no en Vigo desde 1913 a 1917. En el año 1912 había viajado a España para representar a Ecuador en las fiestas por el centenario de las Cortes de Cádiz, aquellas que tuvieron en Mejía y en Olmedo un intenso sonido ecuatoriano. Entre 1918 y 1920 lo hallamos en Madrid, de Cónsul, trasladándosele más tarde a Santander. Luego de un intervalo de vida quiteña, que él llenaba con la cátedra, reaparece como Cónsul General en México en 1924; un año después lo hallamos de Cónsul en Marsella. Ya tiene un nombre muy sólido en la escena literaria. Desde 1913 hasta 1921 fue co-director, con Andrés González Blanco y con Rafael Cansinos Assens, de la Revista *Cervantes* de Madrid. En el útil y

muy olvidado libro *Índice de escritores*, de Rafael Heliodoro Valle, el gran hondureño, se le dedicaba, en 1928, gran espacio a Arroyo, y al final se ponía: «Dirección: Consulado del Ecuador, Marsella, Francia».

Pero tantos años ausente de Quito no quiere decir que Arroyo estuviese alejado o se sintiese lejano. Sus colaboraciones en la prensa ecuatoriana no faltaron nunca. Seguía nuestra vida nacional punto por punto. De Marsella volvió a su cátedra en Quito. Como Anteo, necesitaba tocar de tiempo en tiempo la tierra natal. En 1932 fue Cónsul General en Lima y en 1933 reaparece en tierra española como Cónsul en Cádiz, el gran escenario de las Cortes de 1912, la ciudad que tanto recuerda a Mejía. En Cádiz, en 1937, le llega la muerte. Sus restos descansan en esa ciudad andaluza e hispanoamericana al mismo tiempo.

La obra se fue haciendo en ese ambiente de extrañeza y de horizonte abierto que es siempre para el escritor un país extranjero. Un hombre tan intensamente local, tan quiteño puro como él, tuvo que vivir siempre con la curiosidad intelectual y con toda su inteligencia y su cultura, repartidas en los escenarios donde le tocaba vivir. Esto nos explica por qué la mayoría de sus libros no son, directa o expresamente, de temas ecuatorianos, sino de temas pertenecientes a la cultura europea, y muy específicamente, a las

culturas española y francesa.

El libro *Catedrales de Francia* se diría pensado, sentido y escrito, enteramente por un francés de arraigo nacional como un Charles Peguy, un Maurice Barrés, o un Henry Focillon. No es únicamente el saber de este hombre sobre la esencia del arte gótico lo que asombra en el libro; sobre todo asombra la identificación espiritual suya con las piedras y con los paisajes franceses, los del espacio como los del espíritu, donde se levantan las catedrales.

Más adelante veremos cuánto era el conocimiento práctico que de la realidad hispanoamericana, en general, y ecuatoriana, en particular, tenía este hombre que da la sensación, en ocasiones, de vivir entre las nubes, de encontrarse en el mundo ideal, de superior cultura, abstraído y secuestrado por temas metafísicos y de alta teoría estética. Pero ahora vamos a detenernos unos momentos en observar cómo se manifiesta este quiteño ante uno de los grandes problemas de la cultura europea más refinada. Coloca como ante-preludio de sus paseos por las catedrales de Francia una página de Elie Fauré, aquel que supo escribir una Historia del Arte cien veces más atractiva y subyugante que la mejor novela.

La página escogida por Arroyo canta a la grandeza artística del pueblo. Ve en las grandes catedrales medievales una síntesis de pueblo y artística, del albañil y el ar-

quitecto, del tallista y del obrero vigoroso que es capaz de inventar cien artilugios para colocar la piedra en un sitio. El hispanoamericano ve enseguida, detrás de la obra de arte fabulosa, la presencia callada del trabajador anónimo, la presencia del pueblo creador. Esto no le impide captar, al mismo tiempo, el mensaje intencionalmente metafísico que se desprende de una obra como la catedral de Reims o de París. El toque humano no falta en ninguna página de César E. Arroyo, por muy alto que remonte su pensamiento. Si el gótico le atrae en esta forma tan rotunda es, ante todo, porque en su análisis de los otros estilos, en su examen de las viejas culturas, halla que el gótico es un acto de liberación del hombre.

Dice:

Ninguno de los estilos antiguos ha llegado a lo que el gótico en su formidable realización de espiritualizar la materia. No hablemos de egipcios, caldeos, asirios. Ni de mayas, toltecas, aztecas, incas. La concepción arquitectónica de todos estos pueblos antiguos fue diametralmente opuesta a la que, muchos siglos más tarde, debió informar el gótico. Las pirámides, el templo de Menfis, las ruinas de Nínive, los palacios de Yucatán, las pirámides de Teotihuacán, los monumentos derruidos del Cuzco y Tiahuanaco, son moles ingentes, vanos alardes de pesantez y grandiosidad. Allí la piedra es más piedra. La pirámide tra-

ta de emular la colina. ¿Para qué? Y el edificio trata de imitar la pirámide. El templo es en estos pueblos, casi siempre, una enorme plataforma a cuyo vértice truncado se sube por ingentes gradierías. Allí se adoraba y se sacrificaba a dioses nefandos e implacables... ¿Y el resultado cuál? Fundirse el hombre en la materia; ser él mismo, ya no siquiera barro, sino piedra, derrumbarse y sepultarse para siempre.

En cambio, para César E. Arroyo, el gótico es superior a todos los otros estilos, no porque sea más bello, sino porque lejos de oprimir y aprisionar al hombre bajo el terror de la monumental y abrumadora pesantez, eleva al hombre, lo lleva hacia lo más alto, y le pone como aspiración y norma de vida la conquista del cielo.

En su emoción ante este significado del gótico, su alma encuentra expresiones e ideas de una belleza incomparable. En *Catedrales de Francia*, tan sólo en este libro, hay para seleccionar una antología tal de páginas literarias, de reflexiones estéticas y éticas, de alto idealismo humano, que obligaría a incluir destacadamente al autor entre los maestros y guías supremos con los que hoy puede contar Hispanoamérica para llevar a término feliz su proceso de identidad y su esperanza de ofrendarle al género humano una *Época*, una *Edad*, tan gloriosa o más que las conocidas por la historia.

Con el estudio de once catedra-

les francesas, llega Arroyo a la conclusión de que Francia tiene derecho a enorgullecerse de haber aportado a la evolución del pensamiento occidental uno de sus máximos ingredientes. Francia, dice, no puede poner su pintura en el plano excelso de la pintura española; ni su escultura en el de la italiana; ni su música logra alcanzar, ni mucho menos, las sublimidades de la música germana. Pero en arquitectura realizó un milagro: el arte ojival, impropia-mente llamado gótico, y que en justicia, afirma Arroyo, debería llamarse *francés*, ya que nació, «lirio divino del severo huerto medieval, en la isla de Francia». Para él, el arte gótico es el arte de occidente. «sabio y delicado». «La ojiva es la expresión de las manos juntas. La ojiva es la piedra en plegaria».

Hombre de muchos libros

Catedrales de Francia es tan sólo uno de los libros de César E. Arroyo, bien que posiblemente sea su ensayo más trabajado, más hondo y penetrante. Pero es que este hombre escribió también el *Ensayo sobre Lope de Vega*, y *Galdós*, y, sobre todo, para mi gusto, escribió *Siete medallas*. En lo de Lope dejó demostrado su conocimiento sorprendente de las letras españolas. En *Galdós* caló en lo más profundo del gran isleño, y dio al mismo tiempo su propia concepción de la sociedad y de la política. Estudiando a Galdós, y exaltan-

do en el autor de *Misericordia* valores de carácter social y político que no siempre comparecen cuando se habla de su obra, dejó pintada Arroyo su propia ideología, su propia actitud ante los errores y atrasos de la sociedad en que vivimos.

Quiero señalar tan sólo la convincente reivindicación que Arroyo hace de Galdós como escritor, como dueño de un gran estilo, cosa que no siempre o casi nunca se le reconoce a aquel que por no escribir a la manera danunziana y un tanto «de orfebrería» que preferían ciertos jóvenes de su tiempo, fue llamado «don Benito el garbancero». Pues bien, de este don Benito, dice Arroyo, y no por simple movimiento quijotesco, ni por otra cosa que el afán de hacer justicia, nada menos que esto:

Galdós toca todos los registros del idioma como si de un órgano se tratara. Sabe de acentos épicos y de coplas populares, de altas disquisiciones ideológicas y de picantes chascarrillos. Hace hablar con asombroso verismo a los personajes más dispares de su hirviente mundo: la Reina habla en Galdós como Reina y el rufián como rufián. Sabe de la solemnidad cardenalicia y de la picardía golfesca. Escala a veces el séptimo cielo de la mística y se zambulle en otras en el légame de los más bajos fondos para pescar la perla preciosa de la picaresca... Y no sólo tocante a Madrid es perfecto el folklore. El gigante de

Canarias sabe de las tonalidades, acentos, variaciones y matices que ha tomado la lengua cumbre al extenderse por anchas zonas del planeta. Maneja lo mismo el castellano pintorero del andaluz, que el castellano mimoso de los gallegos; el castellano de los burgaleses, que el castellano catalanizado de los barceloneses; el castellano soleado de los levantinos, que el castellano trastocado de los vizkaitarras. Se sale de la Península su genio idiomático, va al Nuevo Mundo y caza como a pájaros a todos los americanismos. Salta a África y nos trae vivito y coleando el castellano aljamiado de los agarenos. Del cercano Oriente trae como un tapiz decrépito el castellano arcaico de los sefarditas. Se lanza a la Oceanía y arranca como un plumajín el castellano de los tágalo. El lenguaje de Galdós es la orquesta suprema del idioma.

Esta página de César E. Arroyo vale por todo un tratado sobre «Galdós escritor». Pero en su libro, Arroyo no se detiene ni se reduce a la cuestión técnica, a la valoración estética. Él, lo venimos diciendo desde las primeras líneas de esta evocación sencilla pero entusiasta, no es un esteta a secas: es un hombre integral, un humano pleno, que, además, escribe muy bien.

Dejó para la literatura hispanoamericana el libro *Siete medallas*, que contiene «retratos» de persona-

jes como Eugenia de Montijo, Sarah Bernhardt, Concepción Arenal, Eleonora Duse, Isadora Duncan, María Guerrero y Matilde Wessendok. Son retratos de mujeres célebres, y están hechos con la maestría del mejor de los cronistas. Consigue Arroyo hacer menos odiosa a la emperatriz a quien se le deben dos grandes desdichas: la invasión de México para imponer al pobre Maximiliano, y la guerra del 70 con Alemania. En las siete figuras seleccionadas toca Arroyo todos los registros de la psicología femenina. Hay que verlo ante la grande y humana Concepción Arenal, y observar después cómo se mueve junto a Sarah, «la Divina», y a Eleonora, la Víctima.

Desde el punto de vista estrictamente literario, artístico, *Siete medallas*, que contiene páginas como las del paralelismo o contraste entre las máximas actrices del teatro de su tiempo, la francesa y la italiana, puede ser un libro que, en otro orden de cosas, alcanza la magnitud de *Catedrales de Francia*.

En el prólogo a *Siete medallas*, la hija del gran Ricardo Palma recuerda que Arroyo es, entre otras cosas, el autor de *Asamblea de sombras*, libro, dice Angélica Palma, «que ilumina a los próceres de la emancipación y los caudillos y gobernantes de su patria ecuatoriana, y a sus ideales fulgores contempla, en México en 1935, el presidente Vasconcelos, a una América humanitaria y humanista, fuerte por la

unión fraternal de las razas, sabia por la renovación y el avance de seculares civilizaciones, bella por la herencia española».

Este juicio de Angélica Palma al frente de un libro altamente artístico, que en manos de otro tipo de cronistas se hubiera quedado en «bello y elegante» pero en manos de Arroyo se convierte, además, en un repertorio de observaciones morales, sentimentales, exaltadoras de lo eterno femenino, nos recuerda la ambivalencia esencial que hallamos en la vida y en la obra de este hombre.

Ni era a secas un ciudadano preocupado por lo social —esto lo demuestra ampliamente Rafael Alvarado al relatarnos las peripecias e iniciativas de Arroyo en el marco de la vida política ecuatoriana—, ni era tampoco, a secas, un refinado esteta que veía en el arte de escribir el fin supremo de una vocación artística.

Al leer Galdós, o cualquier otro de los numerosos ensayos escritos por Arroyo para proclamar una admiración, o para hacer un acto de justicia, o simplemente para describir cosas y seres humanos, lo que estamos leyendo en realidad es la biografía moral e intelectual de un hombre completo, de uno que supo ser ecuatoriano integral y europeo, hispanoamericano orgulloso de esta condición y admirador de la cultura y de la espiritualidad españolas, muy francés —no afrancesado— y muy quiteño.

Escribía muy bien, pero pensaba

y sentía mejor. Sigue siendo un hombre necesario, que es la categoría más alta a que puede llegar un ser humano.

BIBLIOGRAFÍA DE ARROYO

- José Mejía, lazo de unión entre España y América (discurso)*. Quito: Imp. La Juventud, 1911. 18 p.
- Resumen de ortografía castellana*. Quito: Imp. de El Comercio, 1912. 47 p.
- Romancero del pueblo ecuatoriano*. Madrid: Imprenta en Mesón de Paños, 8, 1919. 36 p. (Figuras del Romancero).
- Retablo*. prólogo de Gonzalo Zaldumbide. Madrid: Imp. de G. Hernández y Galo Sáenz, 1921. V-XIV, 221 p. [Edit. Ariel].
- Iris*. prólogo de Benjamín Carrión. Quito: Edit. Artes Gráficas, 1924. 47 p. [Colección Libros Pequeños. año 1. n. 2].
- México en 1935: El presidente Vasconcelos*. París: Le Livre Libre, 1929. 58 p.
- Una bellísima novela ecuatoriana: Lorenzo Cilda por Víctor Manuel Rendón*. Marsella: Imp. De L'Eclairer de Nice, 1930. 32 p.
- Galdós*. Madrid: Ind. Gráfica Reyes, 1930. 104 p.
- Asambleas de sombras*. Quito: Edit. Artes Gráficas, 1931. 26 p.
- Manuel Ugarte*. París: Le Livre Libre, 1931. 135 p.
- Catedrales de Francia*. Quito: Imp. Nacional, 1933. 70 p.
- Ensayo sobre Lope de Vega*. Quito: Imp. Nacional, 1936. 42 p.
- Siete medallas*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1962. 81 p.
- El libro de la tierra*. Prólogo de Gabriela Mistral: «Pasión agraria». [1928]. 6 y 72 p. [inédito].